



Erasmus Zarzuela

He hecho una serie de fotos de la pequeña Ella, sin más vestido que un ceñidor a la manera de los salvajes. Si me atreviera, prescindiría de los vestidos. Las niñas desnudas son totalmente puras y encantadoras. Adoro a los niños. A excepción de los niños varones. Su raza no me es en absoluto atractiva. Piensan que estoy loco por todos los niños. Pero no soy omnívoro como un cerdo, sino que selecciono. Confieso que no me gustan los niños desnudos. Se tiene la impresión de que su desnudez exige ser cubierta, mientras que uno se pregunta por qué las encantadoras formas de las niñas tienen siempre que ser disimuladas.

Lewis Carroll (autor de Alicia en el país de las maravillas) en sus Diarios.



el duende
director: luis urquieta m.
consejo editor: alberto guerra g.
edwin guzmán o.
benjamín chávez c.
erasmo zarzuela c.
coordinación: julia garcía o.
diseño: david ángel illanes
casilla 448 telfs. 5276816-5288500
e-mail: duendejulia@hotmail.com



Oruro S.A.

Zona Franca



Espacio solicitado

Es ya un lugar común escribir o hablar de la falta de tema o temas a la hora de cumplir con el periódico compromiso de edificar columnas en la hoy por hoy vapuleada, prensa. Así, las lamentaciones nunca escasean, e impunemente arremeten las teclas hasta alcanzar los cientos o miles de caracteres requeridos, en una larga queja sobre el no tener nada que decir ni sobre qué escribir. Muy cercanas a ellas, a las lamentaciones, recordemos, están las enumeraciones. En efecto, en iguales circunstancias, suele usarse y abusarse de las enumeraciones de toda laya. A saber: escenas de la cotidianidad vivida ese día, desde el trascendental desayuno o antes aún, desde el epifánico momento del despertar, ese abrir de ojos que tanto pie a dado a la literatura latinoamericana para iniciar largas y hasta larguísimas novelas, para desembocar en el preciso momento de la escritura; pleno presente que al auto constatarse, cierra maravillosamente y sin lugar a reproche, el así justificado oficio de escribir con una primorosa puntada que presume de alto refinamiento.

También están todos los objetos que pueblan el escritorio desde donde se escribe, como un informe forense inventariando minuciosamente los más inútiles objetos y adminículos, con la vaga esperanza de una pista futura que los resigne.

Listas de amigos largamente olvidados y que se aprovecha de saludar en la columna cual si de una tarjeta navideña multitudinaria se tratase; recetas de cocina, en especial aquellas de la abuela, enumeración tediosa de las cosas que se ven desde la ventana del estudio, relación de libros leídos o no leídos (da igual) en el último año y así casi hasta el infinito.

Pero he ahí que también están las cesiones de espacio cuando uno no tiene de qué cono escribir. Me refiero a esa elegante salida que consiste en ceder por única vez (siempre es por única vez, no importa cuántas veces suceda), el espacio de la columna al texto de un amigo. Y es que más allá de transcribir algún texto ajeno, un poema inédito confiado en la noche o algo así, se trata, creo, de una especie de desprendimiento, casi casi de don, si no es exagerar. Humilde gesto, como el ceder el paso en una calle. Especie de dádiva, u ofrenda si se quiere, al amigo, a la obra del amigo que nos parece valiosa y así, por ese artilugio, nos incluye, nos hace cómplices, y nos hace sentir un poquito autores, acaso de una corta palabra que faltaba, de una coma imprecisa, o del último triunfal punto. El acto se torna en algo gratificante, como en el evangelio, más para quien da que para quien recibe; aunque, en todo caso, se trate de un hecho demasiado íntimo como para ser tratado aquí y por escrito a pesar de que a veces, muy de vez en cuando, parecería susurrarnos al oído por un espacio solicitado.



Benjamín Chávez